

La Edad de Oro. Publio Ovidio Nasón, Las Metamorfosis de los dioses. Colección Austral. Espasa Calpe.

Comenzó la Edad de oro. La buena fe y la justicia eran las únicas leyes. No se conocían aún los motivos que impulsaban al hombre a los suplicios. En este siglo feliz se desconocían aún esas amenazadoras coacciones materiales que sirven de freno a la licencia. No se sabía de ningún criminal que temblase en presencia de un juez, porque el pueblo no necesitaba jueces. Nadie había pensado en hacer galeras de los árboles sin hojas para ir hacia lo desconocido. Cada cual vivía en su nativa tierra. Las ciudades, sin foso ni murallas, eran un segurísimo refugio. Y si se reputaba inútil al soldado, ¿quién podía pensar en trompetas, cascos y espadas? El ciudadano tenía asegurada una existencia dulce y tranquila. La tierra, sin necesidad de que el arado la rompiese, daba toda suerte de frutos. Todo el año era primavera. Céfiros y rosas pugnaban ante los ojos; y se sucedían las estaciones sin sembrar ni trabajar. Se deslizaba un río divino de leche y de néctar y en los troncos de los árboles se recogían panales de miel.